



MARIETA

Niza es una población preciosa. Aquella perpétua primavera es bella y dulce como un sueño de eterna juventud. La ciudad está llena de magníficos trenes, todo es allí lujo y opulencia; y, sin embargo, es triste vivir en Niza. Aunque el sol brilla espléndido, aunque la vista del mar es preciosa, Niza es una ciudad triste. Es que Niza no es más que la más aristocrática de las enfermerías y su lujo se debe al dinero que llevan allí los ricos enfermos de todo el mundo.

Un día me hacia yo estas reflexiones en el célebre *paseo de los Ingleses*, contemplando á una niña que, sentada en un banco, miraba, admirándolos, á los hermosos niños elegantísimamente vestidos que por allí correteaban.

—¡Qué dichosos son! pensaba la niña, ¡qué bellos y qué bien vestidos! Pues ¿y esas señoras?... ¡Cuánta seda! ¡cuánto terciopelo! ¡qué trajes llevan tan preciosos!... ¡Cuánto me alegraría yo de poder ver á mamá vestida con esa riqueza!... Ella que es tan

hermosa, lo sería todavía más con un traje de esos que tanto valen...

Y lanzó la niña un suspiro de envidia, como si hubiera querido decir:— ¡Ah, qué gran cosa es la riqueza!

Distraída, olvidaba la niña que su mamá le había dicho:—Hija mía, no tardes en llevar ese corsé á la señora condesa, que ya me he retrasado un poco, pues se lo había ofrecido para ayer tarde.

Cuando ya iba Marieta á seguir su camino, una niña de su edad, vestida de blanco, vino á sentarse á su lado. Acompañábala una señora que tenía toda la apariencia de una cuidadosa aya.

—Es una inglesa, se dijo Marieta.

—Querida Luisa, dijo la señora á la niña, ponte el abrigo. Has hecho muy mal en correr tanto, hija mía.

—Es verdad, respondió la elegante niña; pero es tan divertido correr.

Una violenta tos no le dejó concluir.

—¿Te sientes mal, Luisa?

—Parece que me ahogo, contestó

trabajosamente la niña; pero no le diga V. á papá que me ha dado la tos.

La voz de la inglesita era tan triste que Marieta, al oirla, sintió oprimírsele el corazon; tenia un acento que no era el natural en los niños; todo en aquella niña parecia más propio de otra edad; en su frente habia ya sombras y aun arrugas; sus miradas eran tristes, profundas, graves, y Marieta sentia hácia aquellaniña, que acaso era mayor que ella, cierto respeto, el respeto que inspira la presencia de un ser digno de compasion. Las lágrimas saltaban ya á los ojos de Marieta, al ver aquella tristeza sombría en una niña como ella.

—Cuando mira al cielo, pensó Marieta, parece que está rogando á Dios.

Suplicando á su aya que no dijese á papá que le habia acometido la tos, la inglesita habia cruzado sobre el pecho las enflaquecidas manos, y fijado en el cielo sus ojos azules.

¿En qué piensas, Luisa? le preguntó cariñosamente la buena señora.

Y la niña, moviendo la cabeza, contestó:

—Pensaba que desearia tener una hermanita menor que consolára á papá si yo no me pongo buena.

—Luisa, hija mia, ¡qué idea!

—Ya sabe V. que no es ninguna locura esa idea... ya sabe V. que estoy muy mala, repuso la pobre niña con una gravedad impropia de sus pocos años. Ya oyó V. ayer á la marquesa que cuando yo pasaba, decia:—La pobre niña pronto irá á reunirse con su madre.—Aunque no dijo mi nombre, bien sé yo que lo decia por mí. Y sino, ¿por qué me miraba la marquesa tan triste y casi llorando cuando me besó?... Pues por la noche, cuando creen que

estoy durmiendo, papá y el médico vienen muy callandito á escuchar cómo respiro... Yo me hago la dormida, porque sé que á papá le daria mucha pena saber lo que los ángeles me han dicho en sueños... ¡Pobre papá! ¡cuántas penas le doy!... Ahora si que le digo á V. que he hecho mal en correr tanto, porque el médico me lo tiene prohibido, y si lo supiera papá, se enfadaria mucho... No hay que decirle nada; que ya no lo volveré á hacer... Vámonos á casa, que ya es hora de tomar el hígado de bacalao... y tengo frio...

Y se alejaron la señora y la niña, Marieta se levantó tambien y continuó su camino, compadeciendo de todo corazon á la infortunada inglesita. Empezaba á comprender que la riqueza no es una garantía de felicidad.

Cuando Marieta llegó á casa de la condesa hiciéronla entrar en el salon. Era una hermosa habitacion, con muchos dorados, con ricos muebles, magníficas cortinas, preciosas flores, grandes cuadros, y enormes espejos; se conocia que allí habia dinero en grande. Cerca de la chimenea, donde ardia un gran fuego, á pesar de que el dia era de los más templados, vió Marieta una silla larga, una especie de cama, en la cual reposaba una niña muy flaquita. En un extremo opuesto del salon, hablaban misteriosamente con la condesa dos señores de aspecto grave y severo. Hablaban bajo y Marieta no podia oir lo que decian, pero sí podia observar que la condesa tenia los ojos llorosos. Sin duda, la niña acostada en la silla larga tenia el oido más fino que Marieta, porque oyendo los sollozos mal comprimidos de su madre, incorporóse penosamente y exclamó:

—Mamá, mamá, no llores, por Dios no llores, y dí que sí, y no tengas miedo por mí. Yo quiero que me hagan la operacion. Quiero curarme para poder andar y dar contigo, como el año pasado, paseos por la montaña... Verás qué valiente soy para la operacion... y además que esos señores me quieren mucho y no me harán daño.

Marieta se estremeció, y recordó que aquella mañana, hablando una señora con su mamá, le habia dicho:

—La pobre niña quedará impedida para mientras viva, que no será mucho, y no podrá andar más que con muletas.

Sin duda se referian á la desdichada hija de la condesa.

Marieta entregó el corsé, y la enferma quiso que su mamá diese á la donosa niña una propina en su nombre.

—Pídele á Dios, dijo la impedida, que dé valor á mi pobre mamá.

—Y vuelve á ver á la enfermita, le dijo la condesa, que la pobre se aburre

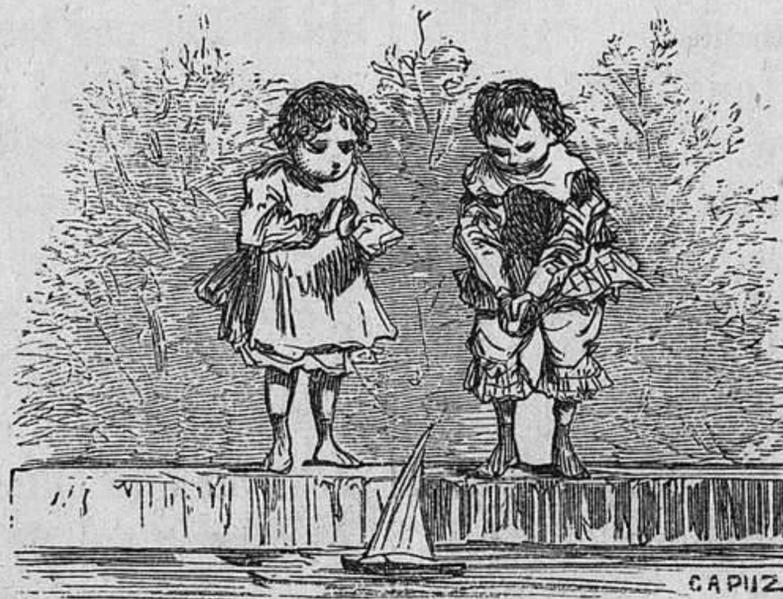
de estar sola. Dí á tu mamá que te traiga á comer con nosotros.

Marieta dió las gracias por tanta bondad y prometió volver.

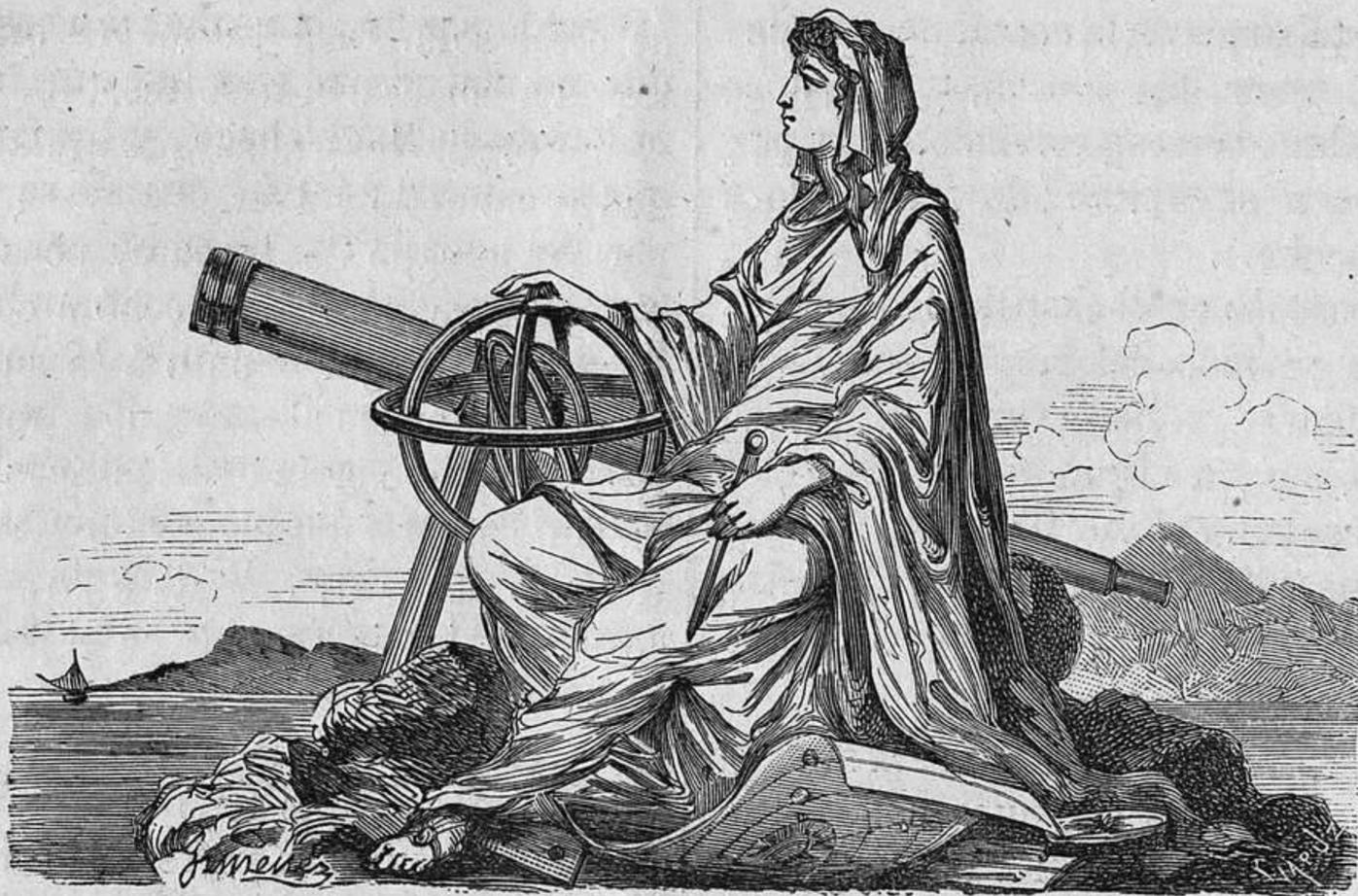
Cuando salió de la casa, pensando en la pobre paralítica, echó á correr, deseosa de llegar pronto á la suya y dar á su mamá un abrazo muy apretado.

—¡Y yo que creia que los ricos eran siempre muy felices! añadió Marieta, despues de haber referido á su madre lo que habia visto y oido en el paseo y en la casa de la condesa.

—Ten presente siempre, hija mia, le dijo su madre, que todos tenemos en este mundo nuestra parte de los beneficios de Dios. En los diferentes caminos que nos ha señalado, hay pesares y sufrimientos y alegrías y placeres para todos. Los que sí son eternamente desgraciados son los que miran siempre su propia vida con anteojos negros, y los tienen de color de rosa para mirar la de los demas.



GAPIZ



UNA LECCION DE ASTRONOMÍA FÍSICA

EN ALTA MAR



I.

El día diez de Mayo de 186..., á las dos horas de la tarde, largó sus amarras en el muelle de San Sebastian, para hacerse á la vela con rumbo á la Isla de Cuba, el bergantín Español *Cristina*, boyante clippers que carga de ordinario unas ciento cuarenta y nueve toneladas de registro.

Su tripulación se componía de un capitán segundo Piloto, un tercer Piloto, un agregado que verificaba su segundo viaje de práctica (cuyo lugar ocupaba el que suscribe), y nueve hombres entre marineros, gavieros y grumetes; si agregamos á este personal, el número de pasajeros de ambos sexos, que apenas llegaría á componer una decena, habrémos contado

todos los individuos que componían este pequeño mundo flotante.

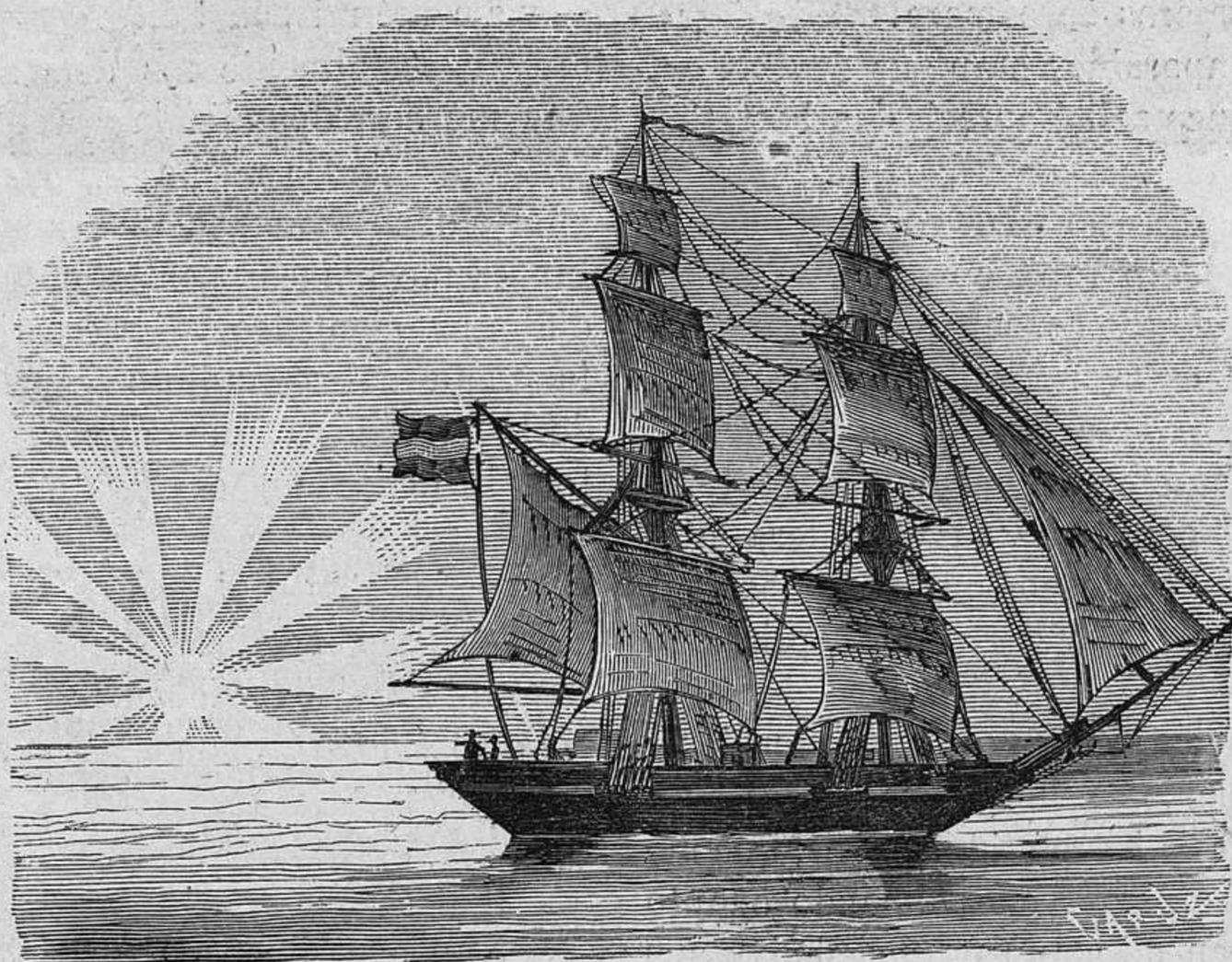
Salimos espiondo al «cuerpo muerto» de la bahía, desde cuyo punto partió el bajel en la hora de la pleamar, marcando Gavias sobre dos rizos, Foque y Trinquete; con viento del Sur fresco, mar llana y atmósfera aturbonada. A las tres horas y treinta minutos, nos despidió el Práctico; y mandó el Capitán gobernar al N. O. de la aguja, con el expresado viento.

Habían pasado ya las tiernas y variadas escenas de las despedidas: los pasajeros con sus molestias del maréo, retirados á sus respectivos camarotes, dejaron de estorbar la maniobra; los marineros, colocaban las cosas en su órden; todo hacia presentir la vida ordinaria de á bordo, á unas trece millas

que distábamos de la costa. Se establecieron, pues, las guardias, como es costumbre, correspondiéndome la primera, con el capitán, de ocho á doce de la noche.

Me paseaba en el castillo de popa, teniendo cuidado del rumbo que hacia el Timonel, y observando al propio tiempo, no sin algun recelo, la velocidad espantosa que llevaban las nubes, pasando rápidamente por nuestro *zenit*.

Cerró, por fin, la noche; tan oscura, que no distinguia más luz que la de la Farola de Machichaco, y los faroles que se colocan á bordo, cuando se viaja por las costas. Por la lumbrera de la cámara, veia al Capitán, situando silencioso la nave, en el plano de la costa de Cantábría; la mar, iba haciéndose gruesa y soberbia, pudiéndome apenas sostener en pié sobre cubierta; cuando oí la voz del Timonel, que gritaba—«guarda»— y simultánea-



mente un balance tan brusco del barco; que me hizo perder el equilibrio, obligándome á sentar, á pesar mio, en un banco próximo, en el que sentir un grito agudo, y dos brazos que se asian á mi persona, con la fuerza y el anhelo con que se áse un ahogado á la tabla de salvacion, fué obra de un momento.

—¿Quién está aquí? increpé con bastante dureza, entre receloso y sorpren-

dido, á la persona que tal confianza se permitia conmigo.

—¡Madre mia de mi alma! contestó una voz dulce y melodiosa como una armonía, alterada por la emocion propia del caso.

—¡Ah!... exclamé, completamente desarmado—¿eres tú, alma mia?

Y en efecto, queridos lectores míos, era Guadalupe, encantadora trigueñita de ojos negros y cabellos de éba-

no, entrelazados en armoniosa confusión por las manos de un Ángel; hermosa, como lo sois siempre vosotros en los albores de vuestra vida, pero con la hermosura de la virtud, reflejada dulcemente en un rostro cuya diafanidad permitía observar todos los pliegues de su alma angelical.

Educada en un Colegio de nuestra Península, regresaba al seno de su familia que residía en la Habana; tuve ocasión de conocerla días antes, con el motivo de verificar su asiento, entre los pasajeros de cámara.

Incomparables eran sus cualidades, que nunca sabré apreciarlas bastante, al considerar cuán feliz me hicieron en este viaje, que pasó para mí, con la sorprendente rapidez de un meteoro, cuyo recuerdo conservaré siempre, como se conservan los días venturosos de nuestra existencia.

De carácter melancólico y contemplativo, constituía su verdadera idiosincrasia un deseo innato de observar la naturaleza, y darse una explicación clara de sus manifestaciones.

Se encontraba en su ocupación favorita, cuando se verificó la brusca acometida que he referido. Así es, que me deshice en excusas, calmando cuanto estuvo en mi mano su ansiedad y sus temores; porque la verdad era que existían motivos para ello, ante aquel espectáculo imponente; puesto que, el cielo con la frente oscura, sin distinguirse apenas sus hermosos contornos: el abismo bajo nuestros pies; y la confusión pavorosa de los ruidos producidos por el roce de la nave con las aguas, y del viento con la jarcia y velamen; en verdad que no es una situación muy tranquilizadora que digamos para la persona menos meticulosa

que en nuestras condiciones se encontrara—¿cuánto más, para una niña, completamente nueva en este orden de emociones?

En cambio, para el marino experimentado este aparato natural no merece apenas los honores de su atención; cuando, como en efecto sucedía, el viento era de tierra, y el barómetro de Fortin señalaba claramente el ascenso de su columna mercurial.

Por eso, me encontraba sin cuidados al lado de Guadalupe, que en todo el viaje fué mi constante compañera, muy especialmente los días alternos que me correspondía la guardia estas horas de la noche; cuyo tiempo, aparte de mis ocupaciones habituales, lo empleábamos perfectamente en diálogos científicos y recreativos, á la vista del grandioso espectáculo de la naturaleza, que tan bien se contempla desde un observatorio como el que refiero.

Uno de estos diálogos es la lección que me propongo insertar en esta interesante revista, dedicada con tanto aplauso á los seres más hermosos de la creación.

II.

—Nunca el buen Dios ha querido concederme un viaje tan apacible y venturoso como el presente, en los treinta y cinco que llevo ya verificados por este Océano.—Así me decía una tarde el Capitán, hallándonos en la Guardia general.

Y así debía ser, lectores míos; puesto que corriamos el trópico de cáncer con todos los trapos estendidos, presentándolos al más delicioso de los «*alisios*»; con el cielo más límpido, azul y sereno que he podido con-

templar en mis días; y bella la mar y rizadita, con las suaves y poéticas ondulaciones que produce el céfiro, cuando roza apenas, como un sér encantado, la verde superficie de una frondosa pradera, hiriendo suavemente nuestros oídos con un sonido indescriptible por su armonía.

Una de estas hermosas tardes, y al ponerse el Sol, cuando se encontraba este globo luminoso tocando con su limbo inferior el horizonte sensible, ó de la mar, decía á Guadalupe, que se encontraba absorta en la contemplación de este fenómeno.

—¡Cuánta maravilla coloca Dios á nuestra vista, querida mía!! ¿no es verdad que deben ser muy desgraciados, los que al contemplar ese cielo, no le admiren á Él en sus obras?

—Sí, amigo mio, me contestó, pero me has de permitir una pregunta, que es mi idea fija en este momento, —¿como es, que ese Sol, aparece más grande que por la mañana, cuando tomabas su altura, y no solamente más grande, sino también con otra figura más ovalada? pues qué... ¿no es el mismo Sol?

—Sí, hija mía; el mismo exactamente: como es uno mismo el baston que se introduce en el agua, quebrándose en la apariencia por su nivel; lo mismo que la moneda situada en el fondo de una jofaina, que al llenarse de agua, la habrás visto cambiar, también en la apariencia, de posición; en fin, como un objeto cualquiera, mirado al través de un cristal de aumento.

—¿Se te habrá acabado la paciencia, para explicarme, como otros tantos, ese fenómeno, como tú le llamas?

—No, curiosilla mía, contesté, y plégue al cielo te conceda por tu vida,

la clase de curiosidad que muestras en este momento, que es el mayor bien que te puedo desear.

Días pasados te hablé de esta capa de aire que rodea la tierra, y que se llama atmósfera; pues bien; esta atmósfera, es la que hace las veces del agua y el cristal de aumento que te he citado ha poco, haciendo variar de posición, en la apariencia tanto á la totalidad del astro del día (de cuyo fenómeno no nos ocuparemos hoy) como á sus dos límbos. Pero... ¿porqué, me dirás, sucede esto?

Hay una ley física, que dice: «Si uno ó varios rayos de luz pasan en dirección oblicua, de un cuerpo ó medio diáfano á otro que sea diferente en densidad, el rayo ó rayos luminosos, cambian de dirección, con ciertas condiciones; pero si el paso se verifica por la normal del cuerpo ó medio, entonces siguen los mismos sin alterar su dirección rectilínea». —Es decir: que cuando ese astro luminoso se encuentre sobre nuestras cabezas, en el lugar que llama *zenit* la astronomía, sus rayos herirán á la atmósfera, en dirección de su normal; y en este caso, no existiendo refracción, le veremos en su verdadera posición, y las dimensiones de su contorno no se alterarán; pero, cuanto más se aleje de esta posición, mayor será la refracción que originan sus rayos, viéndole por este concepto más alto de lo que se halla en realidad. Con tales precedentes, estudiémosle, cuando se encuentra, como en la actualidad, en el mismo horizonte; en este caso, la luz que emana del hemisferio superior de su masa total, sufrirá una gran refracción, al llegar á nuestros ojos; pero será bastante mayor, según se

desprende de la ley enunciada, la que sufra su hemisferio inferior; quedando, por la misma, sin alteracion relativa sensible, los extremos de su diámetro horizontal; y así, sucederá una cosa análoga, á la que habrás visto se verifica en una pelota de goma que rebota, cambiando su forma en idéntica disposicion:

—Todo eso es una verdad: pero— ¿y su grandor? ¿tiene que ver tambien algo la refraccion?

—No, Guadalupe; ese grandor es una pura ilusion, que habrás visto se verifica tambien con la Luna en las mismas condiciones; pues medidos ambos astros minuciosamente con un instrumento apropósito, llamado *heliómetro*, se ha visto: que sí imperceptiblemente varian de dimensiones, es en sentido contrario á las apariencias: bastante dió que pensar á los astrónomos semejante anomalía; hasta que convinieron todos en la opinion que voy á espresarte: «cuando el Sol ó la Luna se encuentran en el horizonte, comparamos su magnitud respectiva con la

parte de la tierra que á sus inmediaciones se encuentra; puesto que los contemplamos á un solo golpe de vista; y entónces, nos parecen mayores sus dimensiones, que cuando se hallan los astros en cuestion á bastante altura de él, puesto que, en este caso tenemos que relacionarles con ese inmenso espacio de azul, perdiendo, por consiguiente, en la comparacion»; del mismo modo que tú, siendo una preciosa miniatura, podrias pasar perfectamente, por lo que se llama en mi tierra «una buena moza» á mi lado, que soy pequeño; mientras que, si te colocas cerca de un gigante, como nuestro Piloto, parecerias mucho más pequeña todavía.

Me levanté para dar algunas órdenes al Timonel; ví que iba perfectamente á rumbo; eché la corredera de donde salieron ocho nudos (1) largos, que apunté en el diario.

(Se continuará.)

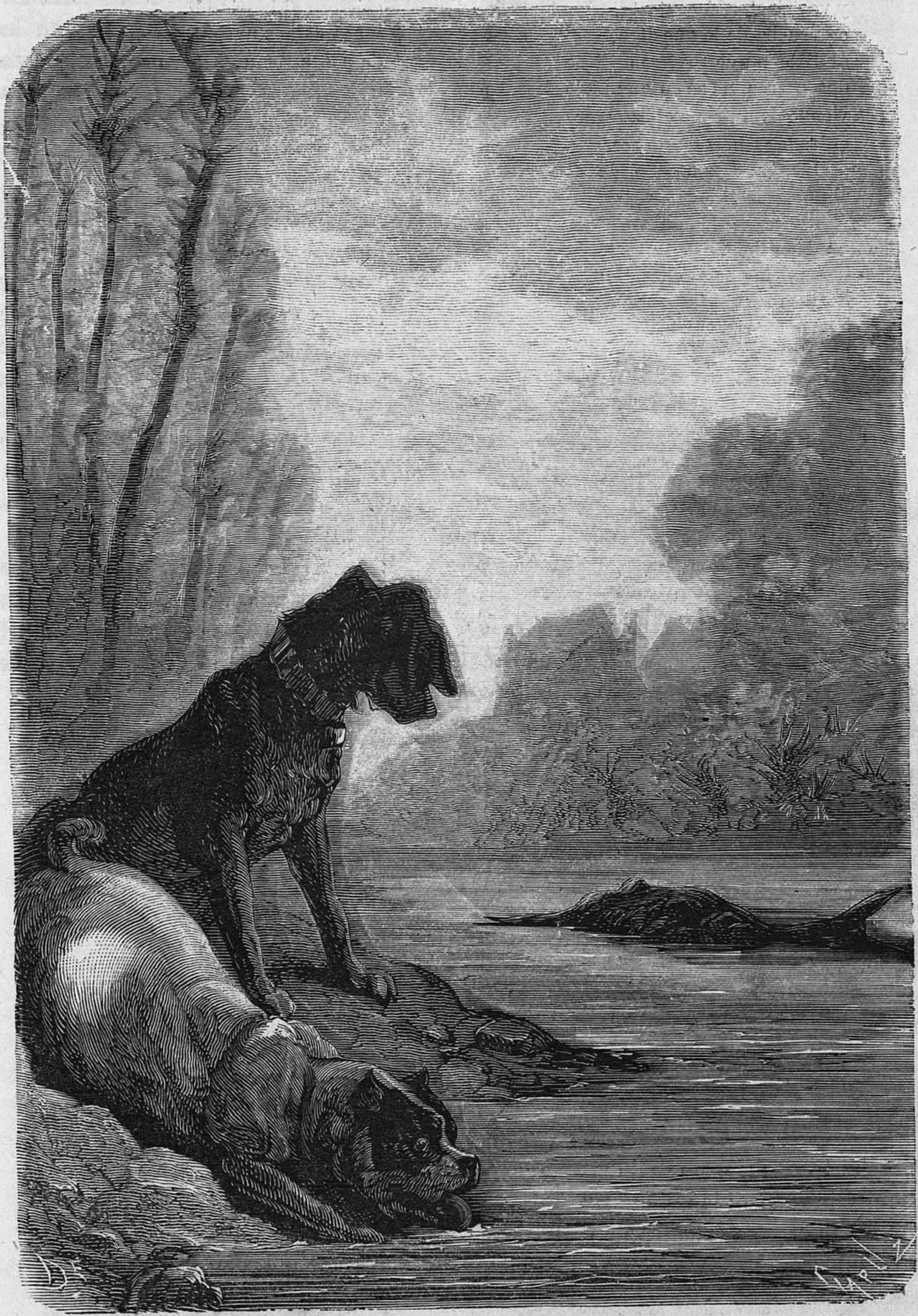
(1) Un nudo del cordel constituye una milla de distancia, ó lo que es igual, un tercio de legua.

LOS DOS PERROS Y EL ASNO MUERTO.

(DE LA FONTAINE.)

Debieran ser las virtudes
hermanas como los vicios;
si uno de estos se apodera
del corazon, es sabido
que todos van á juntársele
allí donde hallan abrigo.
Todas las virtudes juntas
no están nunca en uno mismo,

y esto pasa entre los hombres
y entre los animalitos.
Por ejemplo, el perro es noble,
valiente, al amo sumiso...
pero es tragon y se pierde
por cojer un huesecillo
ó por una piltrafilla
que no vale tres cominos;



y voy, lector, á copiarte,
 en prueba de lo que digo,
 el diálogo que tuvieron
 dos perros, no sé en que siglo,
 viendo de un asno el cadáver
 entre las ondas de un rio.

—Oye, tú, ¿ves en el agua
 alguna cosa?

—Sí, chico;
 también iba á preguntarte.

—A mí me da el olorcillo
 de la carne del jumento
 de ese labrador vecino
 que ayer se cayó en el agua
 y se ahogó...

—Pienso lo mismo,
 era jóven y ha de ser
 bocado muy esquisito.

—Pero ¿cómo le pescamos?

—En eso está el *quid*, amigo.

El agua le lleva léjos,
 y ofrece el nadar peligro
 de que pueda sucedernos
 lo que le pasó al borrico.

—Pues oye, un medio me ocurre.

—Pues ya tardas en decirlo

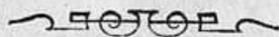
—Podemos beber gran parte
 del agua que lleva el rio,
 y luego muy fácilmente

cojemos al borriquillo
 y nos damos un festin
 de padre y muy señor mio.

—
 Convinieron ambos perros
 en hacer tal desatino,
 y agua á beber empezaron
 con tal ansia y tales brios
 que reventaron á poco,
 y allí quedaron tendidos
 mientras iba rio abajo
 el cadáver del borrico.

—
 Hombres hay que á los dos perros
 los encuentro parecidos;
 por conseguir imposibles
 se afanan, pierden el tino,
 la vida, el honor acaso,
 dando, torpes, al olvido
 que moderar los deseos
 es un precepto divino,
 y que el bien que se procura
 por malos medios no ha sido
 nunca fecundo ni puede
 satisfacer á hombres dignos.

C. FRONTAURA.



LA GUERRA INFANTIL

CONTADA POR UN VETERANO.

(CONTINUACION)

VI.

EL PASO DEL PUENTE.

Alberto y Carlos no se daban un momento de reposo: las piñas y las patatas volaban y se cruzaban en el aire. Solo que como el arrollo era bastante ancho, muchos proyectiles dejaban de llegar á su destino, y no pocos caian en el agua. Quiero aun daros otra

prueba del espíritu reflexivo de Carlitos, para que veais cuan útil es en la guerra observarlo todo y sacar provecho de cuanto se pueda. No habia mas que mirarle para comprender que era muy listo y que tenia mas malicia que cuerpo. Carlitos comprendia que al paso que iban Alberto y él, pronto estarían cansados, pero también habia pensado una cosa, y era que las piñas

que Alberto le tiraba podían, en caso de necesidad, servirle para devolverse las, mientras que sus patatas se hacían pedazos al caer sobre el enemigo, el cual no podía servirse de ellas.

Preveía también que como Alberto no podía tener más piñas que las que caben en dos bolsillos y una gorra, pronto se vería sin municiones, y tendría que hacer *alto el fuego* por falta de *cartuchos*, mientras que él tenía un parque inagotable en el gran montón de patatas podridas. En efecto, al cabo de algún tiempo, Alberto que había tirado *á discrección*, por ver si lograba intimidar al enemigo y forzar el paso del puente, se encontró indefenso, expuesto á la metralla de Carlitos que no tiraba sino cuando creía que podía dar á su adversario. Cuando Carlitos vió la posición en que había colocado al enemigo, se aprovechó de su ventaja, avanzó rápidamente sobre el puente y lanzó sobre Alberto, que estaba á pocos pasos de él, un diluvio tal de patatazos, que el pobre chico, víctima de su precipitación y de su imprudencia, se vió obligado á retroceder, primero poco á poco y luego á todo escape, replegándose sobre el grueso del ejército.

Carlitos no cabía en sí de alegría. Era dueño del campo. Su inteligencia había asegurado á su ejército la posesión de aquel puesto importante.

Jorge llegó, le abrazó llamándole valiente, y le ofreció que no tardaría en recibir la recompensa de su valor. Todo el ejército, compuesto de Enrique y Roberto, felicitó á Carlitos por su conducta, y este supo contestar con modestia á sus compañeros.

El general Jorge, queriendo asegurarse por sí mismo de las disposiciones del enemigo después del revés que

acababa de experimentar en el *pueblo rústico*, partió con Roberto, atravesó el puente al galope y fué á hacer un reconocimiento al mismo campo enemigo.

¿Qué pasaba entretanto en el ejército de Francisco? Éste, que sin abandonar su famoso *anteojo*, no había perdido ningun detalle del combate de Alberto y Carlitos, vió á Alberto obligado á retirarse precipitadamente y echó bruscamente á la espalda su anteojo que, puesto de aquel modo, parecía un carcaj, y frunciendo las cejas y cruzando los brazos sobre el pecho, se puso á pasear á grandes pasos de un lado á otro, esperando á Alberto que había contenido su carrera, luego que dejó de estar al alcance de las patatas de Carlitos. A medida que el *pobre* Alberto se acercaba, su paso se iba haciendo más lento y su cabeza se inclinaba sobre el pecho. Comprendía que el general Francisco iba á pedirle cuentas de su *mal éxito*, y dado el carácter arrebatado de aquel jefe, ninguno de nosotros hubiera querido estar en lugar del *pobre* Alberto, cuando se presentó á él.

EL GENERAL FRANCISCO, conteniendo la cólera.

Capitan Alberto, (en aquel ejército la necesidad hacía que á falta de gente, cada cual hiciera á la vez de capitan y soldado) ¿cómo es que está V. aquí en lugar de estar al otro lado del puente? Deme V. cuenta de su conducta. Vamos... vamos... Justifíquese V. si puede. Deme V. parte de lo que ha pasado.

EL CAPITAN ALBERTO, levantando la cabeza.

Mi general, antes de abrumarme con su enojo, dejeme V. respirar un poco.



EL GENERAL FRANCISCO, con ironía.

La verdad, es capitán, que se ha retirado V. tan deprisa que bien lo necesita. Respire V., respire. (Le vuelve la espalda y pasea precipitadamente.)

EL CAPITAN ALBERTO, con altivez.

Mi general, no me insulte V. Yo he hecho todo lo que podía hacer. He agotado mis municiones y solo he cedido ante la artillería superior del enemigo, después de quemar mi último cartucho. Vea V. mis bolsillos. (Vuelve los bolsillos.) Vea V. mi gorra. (La enseña.) Si se me prueba que podía sostenerme por más tiempo en mi posición, sin municiones, quiero que se me forme *consejo de guerra*, pero no quiero que nadie dude de mi valor.

EL GENERAL FRANCISCO, furioso.

¡Ah! ¡Lo toma V. así capitán Alberto? Está bien; vaya V. á la retaguardia. Entregue V. su espada, no necesito más sus servicios. Sabré pasarme sin ellos. Venceremos sin V.

EL CAPITAN ALBERTO, cediendo á su emocion y arrojándose a los piés de su general.

¡Mi general! Por Dios no me deshonre V. impidiéndome tomar parte en la *jornada*. Perdóneme V. Creo que tengo alguna excusa. Hé sido irreflexivo, aturdido, ha podido faltarme la sangre fría, pero no soy cobarde. No me deshonre V.

EL GENERAL FRANCISCO, con nobleza.

Levántese V. capitán Alberto y perdóneme también un momento de arrebatado, de que ya estoy arrepentido. Vuelva V. á su puesto en la vanguardia del ejército. Abracémonos, capitán. Es V. un valiente.

ALBERTO, abrazando á Francisco.

¡Mi general! Gracias, gracias.

FRANCISCO, enternecido.

¡Alberto! Amigo mío. (Bajando la voz.) Sin embargo, has gastado las piñas demasiado pronto.

ALBERTO.

Hubiera querido verte en mi lugar.

FRANCISCO.

¡Cómo!

VII.

FUEGO EN TODA LA LÍNEA.

Jorge y Roberto habían avanzado hasta una esplanada desde donde se podía ver todo lo que pasaba en el ejército de Francisco. Es bueno llevar los reconocimientos todo lo más lejos posible, pero á condición de tener buenas piernas para retirarse si es uno atacado por fuerzas superiores. No conviene exponerse á ser cortado por la caballería enemiga, y para esto hay que tener bien asegurada la línea de retirada, Francisco despues de su discusión con Alberto, recorrió con la vista la pradera y viendo hasta dónde había avanzado Jorje con su estado mayor (el estado mayor de Jorge era Roberto) comprendió que le era posible tomar un brillante desquite del revés que había experimentado en el *punte rústico*: porque aunque el capitán Alberto era el que había sido rechazado, no por eso la responsabilidad de la derrota dejaba de pesar sobre el general Francisco. En la guerra todas las culpas recaen en el general en jefe cuando las cosas van mal, así como cuando van bien es suya la mayor parte de la gloria. Francisco mostró con la mano á Jorje y Roberto, gritando: «¡Señores, son nuestros! ¡Qué me siga todo el mundo! ¡Al galope! Y echó á correr seguido de Pablo, Rodolfo y Alberto, para cortar el camino del puente á Jorje y Roberto; quería impedir que se volvieran á incorporar á su ejército (es decir á Enrique y Carlitos que se habían quedado defendiendo el paso) y hacerles prisioneros si trataban de ganar el vado del molino.

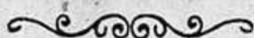
No bien Jorge y Roberto compren-

dieron el peligro que les amenazaba, cuando dieron media vuelta y se lanzaron hácia el puente, corriendo de tal modo que no parecía sino que tenían alas en los talones.

El espectáculo de la carrera emprendida por Jorje y Roberto de un lado, y del otro Francisco, Pablo, Rodolfo y Alberto, no dejaba de ser interesante. Todos estaban animados de un ardor igual. Los unos querían apresar y los otros no ser apresados. Todos corrían de tal modo, que los tallos de la yerba de la pradera, apenas tenían tiempo de doblarse bajo sus plantas, y la tierra no podía conservar las huellas de sus pisadas. Durante algun tiempo el asunto permaneció indeciso, y no se podía predecir quién llegaría ántes, los que pretendían pasar al puente ó los que trataban de impedirselo. Pero ocurrió que Francisco, queriendo ganar tiempo, se metió en una parte de la pradera que era algo pantanosa, lo cual le obligó á acortar la rapidez de su marcha y de los que le seguían, lo que dió algunos segundos de ventaja á Jorje y Roberto que habían tenido el buen juicio de correr siempre por el terreno firme. En la guerra no es siempre el camino más corto el que más pronto le lleva á uno á donde desea ir. Jorje y Roberto se aprovecharon de esta circunstancia para redoblar su velocidad, atravesaron el puente como el viento, y llamando á grito herido á Enrique y Carlitos, que durante el reconocimiento habían reunido todos los proyectiles esparcidos al rededor del puente, formando con ellos una gran pila, para *barrer* al enemigo si quería forzar el paso.

(Se continuará.)

DOLORES Y GOZOS



(HIMNO Á SAN JOSÉ.)

CORO DE ALMAS.

—

Santo Patriarca místico,
Padre de eterna memoria,
Llegue al sólio de tu gloria
Nuestro encendido clamor:
Y pues veneramos férvidos
Tus gozos en tus dolores,
Haznos salir vencedores
De este mundo tentador.

VOZ PRIMERA.

Preñez milagrosa notaste en María,
Sintiendo en el alma secreto pesar;
Mas luego que al Angel oyó tu fé pia
Tornóse tu pena ventura sin par.

Santo Patriarca, etc.

VOZ SEGUNDA.

De angustia indecible colmóse tu pecho
Mirando á tu infante tan pobre nacer;
Mas luego de gozo quedó satisfecho,
Ante él prosternados tres reyes al ver.

Santo Patriarca, etc.

VOZ TERCERA.

Te causa tormento la sangre preciosa
Que el Dios circunciso derrama en su amor
Igual á tu dicha, cual nunca gloriosa,
Sintiendo llamarle JESÚS SALVADOR.

Santo Patriarca, etc.

VOZ CUARTA.

Del hijo querido te anuncia la muerte
La voz del profeta que ansió ver su faz,

Y en júbilo al poco bendices tu suerte
Sabiendo que es iris de vida y de paz.

Santo Patriarca, etc.

VOZ QUINTA.

Apenas tu pecho de Herodes la envidia
Que al rey de los reyes prender codició;
Y al fin ves burlada su negra perfidia
pues pródigo Egipto refugio te dió.

Santo Patriarca, etc.

VOZ SESTA.

Temiendo la suerte del niño adorado
Con santa obediencia tornaste á Israel;
Mas pronto tu duelo se ve consolado,
Que amparo y asilo consigues en él

Santo Patriarca, etc.

VOZ SÉTIMA.

De nuevo sentiste dolor sin ejemplo
Perdiendo en la Páscua tu Cristo y tu luz;
Mas luego !oh ventura! le hallaste en el templo
Mostrando su ciencia, blason de la cruz.

CORO DE ALMAS.

—

Los que en un valle de lágrimas
Gemís sin hallar consuelo;
Los que demandais al cielo
La dicha que él solo dá;
Decid á JOSÉ un cántico,
Rindiendo, en sus aras, flores:
Ved que en sus crudos dolores
Cifrado su gozo está.

ANTONIO ARNAO.

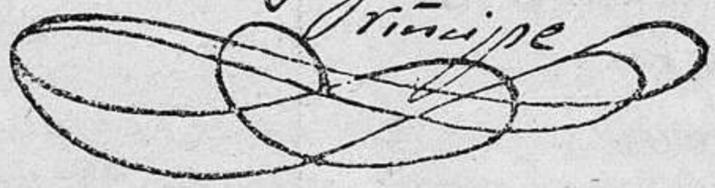
AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS

Floras elásticas.

*De sesenta minutos
Consta la hora,
Y unas veces es larga,
Y otras es corta.*

*Quien no lo crea,
Tenga un día de voces,
Y otro de penas.*

*Miguel Agustín
Príncipe*



Don Miguel Agustín Príncipe (q. e. p. d.), poeta aragones, se dió á conocer con su drama *El Conde D. Julian*, que al representarse por primera vez en Zaragoza valió á su autor ser coronado públicamente en escena, en ocasion en que se hallaba tan enfermo, que fué preciso llevarle á las tablas en una silla de manos. La aparicion de aquel drama constituyó un verdadero acontecimiento literario. No solo lo representaron los teatros de la Península, sino tambien los de las repúblicas hispano-

americanas llegando en ellas el entusiasmo á tal punto que entre otras la de Méjico invitó al poeta á que trasladara allí su residencia, pero él no quiso abandonar su patria.

Después compuso para el Teatro los dramas *Cerdan Justicia de Aragon*, *Mauregato* y *La Baltasara*, escrito este en colaboracion de los Sres. Gil y Zárate, y Garcia y Gutierrez, la comedia *Periquito entre ellas* y la pieza en un acto titulada *El Desvan*.

Cultivó todos los géneros literarios

LA VIUDA Y LOS HUÉRFANOS.



—Niños, rezemos un padre nuestro por el alma de papá, que tal día como hoy era su santo.

como lo prueban sus obras, *Guerra de la Independencia*, *Tirios y Troyanos*, *Devocionario poético*, *La casa de Pero Hernandez*, novela, la colección de epigramas, inédita que pasan de 500, la de fábulas, la de poesías serias y festivas, y el *Arte métrica* de la versificación castellana.

Sus escritos de abogado, sus informes fiscales, sus artículos forenses, entre los que merece especial mención el titulado *El Deber y el Derecho*, le acreditan de sabio jurisconsulto.

Como músico inteligente era respetado también su nombre; los trabajos que publicó acerca de ese divino arte, las lecciones de solfeo y de guitarra que dió, en su juventud, en la época en que este instrumento estaba tan en boga y en el que llegó á adquirir una gran ejecución, le sirvieron más de una vez para ganarse el sustento.

Su fácil palabra y su claridad de in-

genio le hicieron desempeñar el cargo de catedrático con gran provecho, de sus discípulos.

Periodista distinguido, hablista consumado, desempeñó finalmente el puesto de Director del *Diario de Sesiones* del Senado, mereciendo elogios de los más hábiles oradores cuya palabra corregía.

Pero estas dotes, unidas á su carácter festivo, nada significaban al lado de su honradez y laboriosidad. Desde los 12 años mantuvo á sus enfermos padres, y después tuvo un amor tan entrañable por su mujer y sus hijos, que rayaba en delirio. Aun aquellos que ménos le trataban han podido apreciarlo.

Miguel Agustín Príncipe, será, hijos míos, un título de gloria para nuestro país, y su nombre figurará junto al de los hombres más honrados y de más claro talento.